

Louise Erdrich



LA CASA REDONDA

Traducción del inglés de
Susana de la Higuera Glynne-Jones

 Siruela

Nuevos Tiempos

A Pallas

Capítulo uno

1988



Unos pequeños árboles habían atacado los cimientos de la casa de mis padres. Tan solo eran unas plántulas con un par de tiasas y vigorosas hojas. Aun así, los tallos de los retoños habían conseguido deslizarse por las delgadas grietas de las tablillas decorativas y marrones que cubrían los bloques de cemento. Habían crecido dentro del muro invisible y no resultaba nada fácil arrancarlos. Mi padre se limpió la frente con la palma de la mano y maldijo su resistencia. Yo utilizaba una vieja y oxidada horquilla para dientes de león con el mango astillado; él blandía un largo y fino atizador de hierro para chimenea, que probablemente resultaba más perjudicial que beneficioso. A medida que mi padre taladraba la tierra a ciegas, allí donde intuía que podían haber penetrado las raíces, seguramente realizaba en el mortero oportunos agujeros para los pimpollos del próximo año.

Cada vez que yo lograba desenterrar algún arbolillo a duras penas, lo colocaba a mi lado, como si fuera un trofeo, en la estrecha acera que rodeaba la casa. Había brotes de fresnos, olmos, arces, arces americanos e incluso una catalpa de buen tamaño, que mi padre guardó en un tarro de helado y regó, pensando que podría encontrarle un sitio para replantarla. A mí me parecía un milagro que esos minúsculos árboles hubieran sobrevivido al invierno de Dakota del Norte. Habían recibido agua, desde luego, pero escasa luz y apenas unas migajas de tierra. Aun así, cada semilla había logrado enterrar y afianzar una raíz en lo más hondo, así como asomar fuera un zarcillo.

Mi padre se enderezó y estiró la espalda dolorida. Ya es suficiente, anunció, aunque solía ser un perfeccionista.

Yo era reacio a parar, sin embargo, y después de que entrara en casa para llamar por teléfono a mi madre, que había acudido a la oficina a buscar una carpeta, seguí escarbando las ocultas raíces. Mi padre no volvió a salir y pensé que debía de haberse acostado para echarse una siesta, como ahora acostumbraba. Hay quien podría pensar que yo, un muchacho de trece años con mejores cosas que hacer, dejaría entonces de trabajar, pero fue al contrario. Conforme fue avanzando la tarde y la quietud y el silencio se fueron apoderando de la reserva, me parecía cada vez más importante exterminar a cada uno de estos invasores hasta el extremo de la raíz, donde se concentraba todo el crecimiento vital. Y también me parecía importante hacerlo con precisa meticulosidad, al contrario de tantas tareas que había realizado de forma chapucera. Todavía hoy me sorprende el esmero tan riguroso que mostré. Hundía la horquilla de hierro lo más cerca que podía a lo largo del brote con forma de ramilla. Cada diminuto árbol requería su propia y particular estrategia. Resultaba casi imposible no seccionar la planta antes de extraerla intacta de su tenaz escondrijo.

Desistí al fin; entré a hurtadillas en su despacho y cogí el libro de derecho que mi padre llamaba La Biblia. El *Manual de la Ley Federal India* de Felix S. Cohen. Mi padre lo había heredado de su padre; la cubierta de color rojo óxido estaba arañada y el largo lomo cuarteado, y en cada página aparecían anotaciones escritas a mano. Yo intentaba familiarizarme con la antigua lengua y las constantes notas a pie de página. Mi padre, o mi abuelo, había garabateado un signo de exclamación en la página 38, junto al caso escrito en cursiva, que naturalmente también había despertado mi interés: *Estados Unidos contra ciento sesenta litros de whiskey*. Supongo que uno de ellos debió de pensar que ese título era ridículo, al igual que yo. No obstante, estaba analizando la idea, puesta en evidencia en otros casos y reforzada en este, de que nuestros tratados con el Gobierno parecían ser tratados firmados con naciones extranjeras. Que la *grandeur* y la fuerza de las que hablaba mi Mooshum no se habían perdido por completo,

ya que permanecían protegidas por la ley, al menos hasta cierto punto, que yo me proponía conocer.

Estaba leyendo y tomándome un vaso de agua fresca en la cocina cuando mi padre se levantó de la siesta y apareció, desorientado y bostezando. A pesar de su importancia, el manual de Cohen no era un libro plúmbeo y, cuando mi padre apareció, lo escondí rápidamente en el regazo, debajo de la mesa. Mi padre se lamió los labios resecos y se puso a dar vueltas en busca del olor a comida, tal vez, el ruido de cacharros, el tintineo de vasos o el sonido de unos pasos. Lo que me dijo me sorprendió, aunque aparentemente sus palabras sonaron intrascendentes.

¿Dónde está tu madre?

Su voz era ronca y áspera. Deslicé el libro en otra silla, me levanté y le di mi vaso de agua. Lo apuré de un trago. No repitió esas palabras, pero ambos nos miramos fijamente el uno al otro de un modo que, en cierta medida, me pareció adulto, como si él supiera que con mi lectura yo me había introducido en su mundo. Me sostuvo la mirada hasta que bajé los ojos. La verdad es que yo acababa de cumplir trece años. Dos semanas atrás, tenía doce.

¿Trabajando?, respondí, para escapar de su mirada. Yo daba por sentado que él sabía dónde estaba, que ella le había dado esa información cuando la llamó. En realidad, yo sabía que no estaba trabajando. Ella había contestado a una llamada de teléfono y después me había dicho que iba a la oficina a buscar un par de carpetas. Como especialista del registro tribal, seguramente estaría dándole vueltas a alguna solicitud que había recibido. Era domingo; de ahí tanto secretismo. El tiempo detenido del domingo por la tarde. Aunque hubiese ido a la casa de su hermana Clemence para hacerle una visita después, mamá debería de estar ya de vuelta para preparar la cena. Ambos lo sabíamos. Las mujeres no son conscientes del enorme valor que otorgan los hombres a la regularidad de sus hábitos. Metabolizamos sus idas y venidas en nuestros cuerpos y sus ritmos en nuestros huesos. Nuestro pulso acompasa el suyo, y como siempre en las tardes del fin de semana, aguardábamos a que mi madre nos marcara inexorablemente el paso del tiempo hasta la noche.

Por lo que su ausencia detuvo el tiempo.

¿Qué hacemos?, preguntamos al unísono, algo que resultó de nuevo desazonador. Pero al verme nervioso, mi padre, al menos, tomó las riendas de la situación.

Vamos a por ella, dijo. E incluso en ese momento, mientras me ponía la cazadora, me alegraba de que se mostrara tan decidido: «a por ella», no solo a buscarla, ni salir en su busca. Saldríamos y la encontraríamos.

Habrás pinchado, razonó. Seguramente llevó a alguien a casa y tuvo un pinchazo. Estas malditas carreteras. Caminaremos hasta la casa de tu tío para que nos deje el coche e iremos a por ella.

A por ella otra vez. Caminé a su lado. Andaba con paso ligero y todavía vigoroso una vez que se ponía en marcha.

Se había hecho abogado y después juez, y también se había casado ya mayor. También yo fui una sorpresa para mi madre. Mi viejo Mooshum me llamaba «Oops»¹; era el apodo que me había puesto, y por desgracia, a otros miembros de la familia les hizo gracia. Por ello, a veces me llaman Oops, incluso a día de hoy. Bajamos la colina hasta la casa de mis tíos –una casa verde claro del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano, protegida por unos chopos y cuyos aspecto y categoría habían sido mejorados con tres pequeños abetos azules–. Mooshum también vivía allí, en una eterna neblina. Todos nos sentíamos orgullosos de su extraordinaria longevidad. Era un anciano, pero todavía cuidaba activamente del jardín. Tras los esfuerzos realizados, se acostaba en un catre –un amasijo de palos– junto a la ventana para descansar, echaba unas cabezadas, a veces emitiendo unos roncros chisporroteos que seguramente eran risotadas.

Cuando mi padre explicó a Clemence y a Edward que mi madre había pinchado y que necesitábamos su coche, como si de verdad fuera sabedor del supuesto pinchazo, casi me eché a reír. Parecía haberse convencido a sí mismo de la verdad de su conjetura.

¹ *Oops* es una interjección que significa «uy». (N. de la T.)

Salimos del camino de acceso marcha atrás en el Chevrolet de mi tío y nos dirigimos a las oficinas tribales. Dimos una vuelta completa al aparcamiento. Vacío. Las ventanas estaban a oscuras. Tras salir marcha atrás de la entrada, giramos a la derecha.

Seguro que ha ido a Hoopdance, dijo mi padre. Necesitaría algo para la cena. Tal vez quería darnos alguna sorpresa, Joe.

Soy el segundo Antone Bazil Coutts, pero me pelearía con cualquiera que añadiera un número a mi nombre. O me llamara Bazil. Decidí llamarme Joe al cumplir seis años. A los ocho, me di cuenta de que había elegido el nombre de Joseph, el padre de mi padre, el abuelo al que nunca conocí salvo por las inscripciones en los libros de páginas amarillentas y de cubiertas de cuero cuarteadas. Dejó en herencia varias estanterías repletas de estas antiguallas. Me molestaba no tener un nombre totalmente inédito para distinguirme del tedioso linaje de los Coutts, hombres responsables y rectos, incluso improvisados y desenvueltos héroes, que bebían tranquilamente, fumaban algún que otro puro, conducían un coche práctico y solo mostraban su valía al casarse con mujeres más inteligentes. Yo me veía diferente, aunque todavía no sabía en qué. Incluso en ese momento, aplacando mi angustia mientras partíamos en busca de mi madre, que había ido a la tienda de comestibles –nada más, seguramente nada más–, fui consciente de que lo que estaba sucediendo era algo fuera de lo normal. Una madre desaparecida. Algo que no le ocurría al hijo de un juez, ni siquiera a uno que viviera en una reserva. De un modo impreciso, esperaba que *algo* ocurriera.

Yo era ese tipo de muchacho que se pasaba los domingos por la tarde arrancando de cuajo arbolitos de los cimientos de la casa de sus padres. Tendría que haberme rendido a la ineluctable evidencia de que ese sería el tipo de persona en que me convertiría al final, pero no dejaba de luchar contra esa perspectiva. Sin embargo, cuando digo que deseaba que ocurriera *algo*, no me refiero a nada malo, sino tan solo a algo. Un acontecimiento excepcional. La observación de algo singular. Ganar al bingo, aunque los domingos no eran días para jugar al bingo y habría sido totalmente anómalo que mi madre fuera a jugar. Eso era lo que yo deseaba, no obstante: algo fuera de lo normal. Nada más.

A mitad de camino a Hoopdance, caí en la cuenta de que la tienda de comestibles cerraba los domingos.

¡Pues claro! Mi padre estiró el mentón y apretó el volante con las manos. Tenía un perfil que parecía un indio en un cartel de cine y un romano en una moneda. Había cierto estoicismo clásico en su nariz aguileña y su mandíbula. Siguió conduciendo, porque –sostuvo– quizá a ella también se le había olvidado que era domingo. Fue entonces cuando nos cruzamos con ella. ¡Allí mismo! Pasó zumbando por el carril contrario, absorta, superando el límite de velocidad, ansiosa por volver a casa con nosotros. ¡Pero ahí estábamos nosotros! Nos echamos a reír ante su gesto tenso mientras dábamos media vuelta en la carretera estatal y nos poníamos a seguirla, pisándole los talones.

Está loca, se echó a reír mi padre, aliviado. ¿Lo ves?, ya te lo dije yo. Se le había olvidado. Fue a la tienda y se olvidó de que estaba cerrada. Ahora estará furiosa por haber malgastado gasolina. ¡Ay, Geraldine!

Había adoración, asombro y un tono divertido en la voz de mi padre cuando pronunció esas palabras. «¡Ay, Geraldine!» En tan solo esas dos palabras quedaba claro que amaba y siempre había amado a mi madre. Nunca había dejado de agradecer que ella se hubiera casado con él y, además, que en el mismo paquete, le hubiera dado un hijo cuando había empezado a pensar que sería el último de su linaje.

Ay, Geraldine.

Sacudió la cabeza con una amplia sonrisa mientras conducía y ya todo estaba bien, más que bien. Ahora podíamos admitir que la inusual ausencia de mi madre nos había preocupado. Podíamos tomar una repentina y nueva conciencia de lo mucho que valorábamos el carácter sagrado de nuestra pequeña rutina cotidiana. Por muy alocado que me viera a mí mismo reflejado en el espejo, en mi mente valoraba tales placeres corrientes.

Así que ahora nos tocaba a nosotros preocuparla a ella. Un poquito nada más, dijo mi padre, solo para que probara un poco de su propia medicina. Nos tomamos nuestro tiempo para llevar el coche de vuelta a casa de Clemence y subir la colina a pie, anticipando esta vez la indignada pregunta de mi madre: ¿Dónde

estabais? Ya me la estaba imaginando con los puños cerrados y los brazos en jarras. Su sonrisa a punto de asomar detrás de su ceño fruncido. No tardaría en reír en cuanto oyera la historia.

Recorrimos el camino de tierra de la entrada, donde mi madre había plantado los brotes de pensamientos que había cultivado en cartones de leche, y que ahora lo bordeaban formando una estricta hilera. Los había sacado pronto. La única flor capaz de soportar una helada. A medida que nos acercábamos por el camino, advertimos que seguía dentro del coche. Sentada en el asiento del conductor, ante el panel blanco que conformaba la puerta del garaje. Mi padre echó a correr. Yo también lo vi en la postura de su cuerpo: contracción y rigidez, algo iba mal. Cuando llegó al coche, abrió la puerta del conductor. Mi madre tenía las manos aferradas al volante y la mirada vacía clavada en el horizonte, como la habíamos visto cuando nos cruzamos con ella en dirección contraria, de camino a Hoopdance. Habíamos advertido esa mirada fija y nos había hecho gracia entonces. ¡Estará furiosa por haber malgastado gasolina!

Yo estaba justo detrás de mi padre. Incluso en ese momento tenía cuidado de no pisar las hojas festoneadas y los capullos de los pensamientos. Colocó sus manos en las de ella y, con delicadeza, fue despegando sus dedos del volante. Sosteniéndola por los codos, la sacó del coche y la sujetó mientras ella se giraba hacia él, todavía encorvada con la forma del asiento del coche. Se desplomó sobre él, con la mirada ausente, sin verme. Había vómito por toda la parte delantera de su vestido, y su falda y la lona gris del asiento del coche estaban empapados de su sangre oscura.

Ve a casa de Clemence, dijo mi padre. Ve y diles que me llevo a tu madre a urgencias a Hoopdance. Diles que vayan.

Con una mano, abrió la puerta del asiento trasero y, después, como si se tratase de algún espantoso baile, condujo a mamá hasta la esquina del asiento y, muy despacio, la tendió allí. La ayudó a ponerse de costado. Ella no hablaba, aunque se humedeció los labios partidos y ensangrentados con la punta de la lengua. Vi cómo parpadeó, frunciendo el ceño. Su cara comenzaba a hincharse. Rodeé el coche y me subí a su lado. Le levanté la cabeza y

deslicé una pierna debajo. Me senté a su lado, sosteniéndola por el hombro con el brazo. Tiritaba con un temblor continuo, como si hubiesen encendido un interruptor en su interior. Desprendía un fuerte olor, a vómito y a algo más, como gasolina o queroseno.

Te dejaré allí arriba, dijo mi padre, mientras daba marcha atrás y hacía chirriar los neumáticos.

No, yo también voy. Tengo que sujetarla. Llamaremos desde el hospital.

Casi nunca había desafiado a mi padre ni con palabras ni con hechos. Pero ni siquiera nos dimos cuenta de ello. Ya habíamos intercambiado esa mirada, extraña, como entre dos hombres adultos, y yo no había estado preparado. Pero aquello no importaba. Sujetaba ahora a mi madre firmemente en el asiento trasero del coche. Me había manchado con su sangre. Extendí la mano hacia la luna trasera y cogí una vieja colcha de cuadros que guardábamos allí. Tiritaba de tal forma que temí que fuera a romperse en mil pedazos.

Rápido, papá.

De acuerdo, respondió.

Y salimos volando. Aceleró el coche hasta ponerlo a ciento cincuenta. Volamos.

Mi padre poseía una voz capaz de tronar; se decía que había cultivado esta característica. No había sido así en su juventud, pero había tenido que utilizarla en los tribunales. Su voz tronó e inundó todo el vestíbulo de urgencias. Los celadores colocaron a mi madre en una camilla y mi padre me mandó que llamara a Clemence y esperara. Y ahora que lo que impregnaba el ambiente era su ira, crepitante y cristalina, me sentía mejor. Fuera lo que fuera lo que había pasado, tenía solución. Gracias a su furia, que era algo singular y que daba resultado. Él sujetaba la mano de mi madre mientras la trasladaban a la sala de urgencias. Las puertas se cerraron tras él.

Me senté en una silla de plástico moldeado de color naranja. Una escuálida mujer embarazada había pasado delante de la puerta abierta del coche, mirando detenidamente a mi madre, asimilando la escena antes de inscribirse en el mostrador. Se sentó frente a mí y cogió un viejo número de la revista *People*.

¿Es que los indios no tenéis vuestro propio hospital allá? ¿No estabais construyendo uno nuevo?

El pabellón de urgencias todavía está en obras, respondí.

Aun así, dijo.

¿Aun así, qué? Procuré hablar con voz cortante y sarcástica. Nunca fui como tantos niños indios, que bajaban los ojos en silencio tragándose su rabia sin decir nada. Mi madre me había enseñado otra cosa: a no dejarme intimidar.

La mujer embarazada frunció los labios, se sentó y se puso a leer la revista. Me dirigí al teléfono público, pero no tenía dinero. Me acerqué a la ventanilla de la enfermera y le pedí que me dejara hacer una llamada. Estábamos lo bastante cerca como para que fuese una llamada local, por lo que la enfermera accedió. Pero nadie contestó. Así supe que mi tía había llevado a Edward a adorar el sacramento, motivo por el que estaban fuera de casa los domingos por la noche. Decía que mientras Clemence adoraba el sacramento, él meditaba sobre cómo era posible que los hombres hubieran evolucionado desde los simios solo para sentarse boquiabiertos alrededor de una galleta redonda y blanca. El tío Edward era profesor de ciencias.

Volví a sentarme en la sala de espera, lo más lejos posible de la mujer embarazada, pero la habitación era muy pequeña, de modo que no llegó a ser lo bastante lejos. La mujer hojeaba la revista. Cher salía en la portada. Yo podía leer las palabras escritas al lado de su mandíbula: «Hizo de *Hechizo de luna* un éxito de taquilla, su novio tiene veintitrés años y es lo bastante dura como para decir “tócame las narices y te mato”». Pero Cher no parecía dura. Tenía el aspecto de una muñeca de plástico sorprendida. La mujer huesuda y abultada echó un vistazo a Cher y me dirigí una mirada maliciosa.

Parece que esa pobre mujer ha tenido un aborto o tal vez..., bajó la voz... la hayan violado.

Alzó el labio de sus dientes de conejo mientras me observaba. Su pelo desgredado y amarillento se agitó. Le devolví la mirada, clavándola en sus ojos castaños desprovistos de pestañas. Entonces, por instinto, hice algo anómalo. Me incliné y le arrebaté la revista de las manos. Sin quitarle los ojos de encima,

arranqué la portada y dejé caer el resto de la revista. Rompí otra vez la hoja. Las cejas idénticas de Cher se partieron. Le devolví la portada y la mujer aceptó los pedazos. De pronto me sentí mal por Cher. ¿Qué me había hecho? Me levanté y salí de la sala.

Me quedé fuera. Podía oír la voz de la mujer, elevada y triunfal, que se quejaba a la enfermera. El aire se había vuelto gélido, y con la oscuridad me recorrió la espalda un sigiloso escalofrío. Di unos saltitos sobre un pie y el otro mientras movía los brazos. Me daba igual. No volvería allí dentro hasta que aquella mujer se marchara, o hasta que mi padre saliera y me dijera que mi madre estaba bien. No podía dejar de pensar en lo que había dicho esa mujer. Aquellas palabras eran una puñalada en mis pensamientos, tal y como ella pretendía. Aborto. Una palabra que yo no entendía del todo pero que sabía que tenía que ver con bebés. Algo que era imposible. Mi madre me había contado, seis años atrás, cuando le daba la lata con la idea de tener un hermanito, que el médico se había asegurado de que no pudiese quedarse embarazada después de que yo naciera. No podía ocurrir. De modo que solo quedaba la otra palabra.

Al cabo de un rato, vi que una enfermera acompañaba a la mujer embarazada al otro lado de las puertas. Esperé que no la pusieran ni remotamente cerca de mi madre. Volví a entrar y telefoneé de nuevo a mi tía, que me dijo que dejaría a Edward con Mooshum y acudiría enseguida. También me preguntó qué había ocurrido, qué le pasaba.

Mamá está sangrando, respondí. Se me hizo un nudo en la garganta y no pude decir nada más.

¿Está herida? ¿Ha tenido un accidente?

Conseguí balbucear que no lo sabía y Clemence colgó. Una enfermera con gesto adusto salió y me pidió que fuera junto a mi madre. La enfermera reprobaba que mi madre hubiese preguntado por mí. Insistió, dijo. Quise ir corriendo, pero seguí a la enfermera por un pasillo luminoso hasta una sala sin ventanas, en cuyas paredes se alineaban vitrinas metálicas verdes. La habitación tenía una luz tenue y mi madre llevaba una fina bata de hospital. Una sábana le cubría las piernas. No había sangre

por ninguna parte. Mi padre se hallaba de pie a la cabecera de la cama, sujetando la barra metálica con la mano. Al principio, no le miré, solo a ella. Mi madre era una mujer hermosa: eso era algo que siempre había sabido. Un hecho reconocido por la familia y por los desconocidos. Clemence y ella tenían la piel de color café con leche y un cabello precioso, negro, lustroso y rizado. Incluso después de haber tenido hijos, eran delgadas. Serenas y directas, con miradas firmes y seguras de sí mismas, y unos labios de estrellas de cine. Cuando se reían a carcajadas, en cambio, perdían toda su dignidad, y se atragantaban, resoplaban, eructaban, jadeaban e incluso se tiraban pedos, lo que les causaba cada vez más hilaridad. Normalmente una provocaba a la otra, pero a veces también mi padre podía hacerles perder el control. Incluso entonces estaban preciosas.

Ahora su rostro aparecía hinchado con verdugones, se había deformado y presentaba un aspecto horrible. Aguzó la vista entre las delgadas aberturas de la carne macilenta de sus párpados.

¿Qué ha pasado?, le pregunté tontamente.

No respondió. De sus ojos brotaron unas lágrimas. Se las secó con el puño vendado con una gasa. Estoy bien, Joe. Mírame. ¿Lo ves?

Y la miré. Pero no estaba bien. Tenía arañazos y golpes, y la cara horriblemente desencajada. Su piel había perdido su habitual color cálido. Presentaba un tono gris ceniza. Sus labios parecían sellados con sangre seca. La enfermera entró y levantó el extremo de la cama con una manivela. Colocó otra manta sobre ella. Intenté acariciar su muñeca vendada y fría y las yemas reseca de sus dedos. Retiró la mano con un grito, como si le hubiese hecho daño. Se puso rígida y cerró los ojos. Ese gesto me destrozó. Levanté los ojos hacia mi padre y me indicó que le acompañara. Me rodeó el hombro con el brazo y me condujo fuera de la habitación.

Ella no está bien, dije.

Bajó los ojos hacia su reloj y luego me miró. Su rostro solo expresaba la efervescente rabia de un hombre incapaz de pensar lo bastante rápido.

No está bien, insistí, como si estuviera proclamando una apre-

miante verdad. Por un segundo, pensé que se derrumbaría. Podía ver que algo iba creciendo en su interior, pero lo dominó, respiró hondo y se recompuso.

Joe. Fijaba de nuevo los ojos en el reloj de forma extraña. Joe, han agredido a tu madre.

Nos quedamos de pie en el pasillo, el uno junto al otro bajo el zumbido de los fluorescentes parpadeantes. Dije lo primero que se me ocurrió.

¿Quién? ¿Quién la atacó?

De forma absurda, ambos nos dimos cuenta de que su respuesta habitual habría sido corregirme el tiempo verbal. Nos miramos, pero no dijo nada.

Mi padre poseía la cabeza, el cuello y los hombros de un hombre alto y fuerte, pero el resto de su cuerpo era perfectamente corriente. Incluso era algo torpe y bonachón. Si uno se para a pensar en ello, se trata de un físico muy adecuado para un juez. Sentado en el tribunal, imponente, domina la escena, pero cuando atiende en su despacho (un cuarto de escobas dignificado), no resulta nada amenazante y la gente confía en él. Su voz, lo mismo que sabe ser atronadora, es capaz de todas las sutilezas, e incluso a veces resulta de lo más dulce. Era la dulzura de su voz lo que ahora me asustaba, y la suavidad. Casi un susurro.

No sabe quién era ese hombre, Joe.

Pero ¿lo encontraremos?, pregunté con el mismo tono susurrante.

Lo encontraremos, dijo mi padre.

¿Y luego qué?

Mi padre nunca se afeitaba los domingos, y en su cara asomaba una incipiente barba cana. Aquella cosa se acumulaba de nuevo en él, a punto de estallar. Sin embargo, en lugar de eso, me puso las manos en los hombros y me habló con esa voz atiplada que me asustaba.

No puedo pensar a tan largo plazo ahora mismo.

Coloqué mis manos en las suyas y le miré a los ojos. A esos penetrantes ojos castaños. Necesitaba saber que a quienquiera que hubiera atacado a mi madre se le encontraría, castigaría y mataría. Mi padre lo vio. Me clavó los dedos en los hombros.

Lo encontraremos, dije rápidamente. Me sentía asustado al verbalizarlo, aturdido.

Sí.

Apartó las manos. Sí, repitió. Dio un golpecito en el reloj y se mordió el labio. Ahora, a ver si llega la policía. Tienen que tomarle declaración. Ya deberían de estar aquí.

Dimos media vuelta para volver a la habitación.

¿Qué policía?, pregunté.

Exacto, respondió.

La enfermera no quería que volviésemos todavía a la habitación, y mientras aguardábamos, llegó la policía. Tres hombres entraron por las puertas de dos hojas y esperaron en el vestíbulo tranquilamente. Había un agente estatal, otro municipal de la localidad de Hoopdance y Vince Madsewin, de la policía tribal. Mi padre había insistido en que cada uno de ellos tomara declaración a mi madre, porque no estaba claro dónde se había cometido el delito –en tierras del estado o tribales–, ni quién lo había cometido –un indio o un no indio–. Yo ya sabía, de una forma rudimentaria, que estas cuestiones girarían en torno a los hechos. Al igual que sabía que esas cuestiones no cambiarían los hechos. Sin embargo, modificarían inevitablemente la manera en que exigiríamos justicia. Mi padre me tocó el hombro antes de dejarme y acercarse a ellos. Me apoyé contra la pared. Eran todos un poco más altos que mi padre, pero le conocían, y se inclinaron para oír sus palabras. Le escucharon con atención sin quitarle los ojos de encima. Mientras hablaba, mi padre miraba al suelo de vez en cuando y cruzaba las manos en la espalda. Levantó los ojos para mirar a cada uno de ellos con el ceño fruncido y, después, bajó la vista al suelo otra vez.

Cada uno de los hombres entró en la habitación con una libreta y un bolígrafo, y salió a los quince minutos con gesto inexpresivo. Cada uno de ellos le dio la mano a mi padre y se marchó rápidamente.

Un médico joven llamado Egge se encontraba de servicio ese día. Fue él quien examinó a mi madre. Mientras mi padre y yo regresábamos a la habitación, advertimos que el doctor Egge había vuelto.

No recomiendo que el muchacho..., comenzó.

Me pareció gracioso que su cabeza abombada, calva y brillante tuviese forma de huevo, haciendo honor a su apellido.² Su rostro ovalado con pequeñas gafas redondas y negras me resultaba familiar y me di cuenta de que era el tipo de cara que mi madre solía dibujar en los huevos pasados por agua para que me los comiera.

Mi esposa ha insistido en volver a ver a Joe, explicó mi padre al doctor Egge. Necesita que él vea que ella está bien.

El doctor Egge guardó silencio. Dirigió a mi padre una mirada remilgada y penetrante. Mi padre se alejó de Egge y me pidió que fuera a la sala de espera a ver si Clemence ya había llegado.

Me gustaría volver a ver a mamá.

Iré a buscarte, apremió mi padre. Vete.

El doctor Egge observaba a mi padre con una mirada todavía más severa. Me marché muy a regañadientes. La puerta que daba a la sala de espera se encontraba al final del pasillo. Mientras mi padre y el doctor Egge se alejaban de mí, hablaban en susurros. Yo no quería marcharme, de modo que me di la vuelta y los observé antes de franquear la puerta. Se detuvieron delante de la habitación de mi madre. El doctor Egge terminó de hablar y se ajustó las gafas en la nariz con un dedo. Mi padre dio unos pasos hasta la pared, como si fuera a atravesarla. Apoyó la frente y las manos en ella, y permaneció así con los ojos cerrados.

El doctor Egge se giró y me descubrió inmóvil delante de la puerta. Me señaló la sala de espera. La emoción de mi padre era algo –daba a entender con su gesto– que yo era demasiado joven para presenciar. Pero durante las últimas horas me había vuelto cada vez más resistente a la autoridad. En lugar de desaparecer educadamente, corrí hacia mi padre, apartando al doctor Egge con los brazos. Me abracé al mullido pecho de mi padre, debajo de su chaqueta, y me agarré fuertemente a él sin decir nada, solamente respirando con él, entre profundos sollozos.

² *Egg* significa ‘huevo’ en inglés. (*N. de la T.*)

Mucho más tarde, después de que me dedicara al Derecho y estudiara a fondo otra vez cada documento que podía encontrar, cada declaración, reviviera cada minuto de ese día y de los días posteriores, comprendí que fue ese el momento en que mi padre conoció, por parte del doctor Egge, los detalles y la gravedad de las heridas de mi madre. Pero aquel día, lo único que yo sabía, después de que Clemence me separara de mi padre y me alejara de allí, fue que aquel pasillo era una pendiente muy pronunciada. Abrí las puertas de la sala y dejé que Clemence hablara con mi padre. Después de llevar una media hora esperando sentado en la sala de espera, Clemence entró y me anunció que mi madre entraba en quirófano. Me apretó la mano. Nos quedamos sentados juntos con la mirada clavada en el cuadro de una pionera descansando en una colina calurosa con un bebé acostado a su lado, a la sombra de una sombrilla negra. Convinimos que nunca nos había importado esa imagen y que ahora la íbamos a odiar activamente, aunque no fuese culpa del dibujo.

Debería llevarte a casa, podrías dormir en la habitación de Joseph, dijo Clemence. Mañana puedes ir al colegio desde nuestra casa. Yo volveré aquí para esperar.

Yo estaba cansado, me dolía la cabeza, pero la miré como si estuviese loca. Porque debía de estar mal de la cabeza si pensaba que yo iría a clase. Nada seguiría como si tal cosa. Aquel empinado y terrible pasillo conducía a este sitio –la sala de espera–, donde yo esperaría.

Al menos, duerme un poco, dijo mi tía. Dormir no te hará mal. Así el tiempo pasará y no tendrás que mirar ese maldito cuadro.

¿La han violado?, le pregunté.

Sí, respondió.

Hubo algo más, añadí.

Mi familia no se anda con rodeos. Aunque católica, mi tía no es ninguna mojigata. Cuando habló para responderme, su voz era directa y serena.

La violación es una relación sexual por la fuerza. Un hombre puede forzar a una mujer. Eso fue lo que pasó.

Asentí. Pero quería saber algo más.

¿Se va a morir?

No, contestó Clemence enseguida. No se va a morir. Pero a veces...

Se mordió los labios por dentro, de modo que dibujaron una línea fruncida, y entrecerró los ojos hacia el cuadro.

...es más complicado, continuó al fin. Tú has visto que la han golpeado, y mucho, ¿no? Clemence se acarició la mejilla levemente colorada y empolvada para ir a la iglesia.

Sí, lo he visto.

Nuestros ojos se empañaron de lágrimas y desviamos la mirada el uno del otro, para bajarla hacia el bolso de Clemence mientras rebuscaba en él un pañuelo de papel. Ambos nos permitimos llorar un poco mientras sacaba los pañuelos. Suponía un alivio. Después, nos enjugamos las lágrimas y Clemence prosiguió.

Puede ser más violento que en otras ocasiones.

Violada con violencia, pensé.

Sabía que esas dos palabras casaban. Tal vez de un juicio que había leído en los libros de mi padre o de un artículo de prensa o de las novelas policíacas baratas del supermercado que mi tío Whitey guardaba en la estantería de libros de bolsillo.

Gasolina, dije. Pude olerlo. ¿Por qué olía a gasolina? ¿Había ido a la gasolinera de Whitey?

Clemence me miró fijamente, deteniendo el pañuelo de papel junto a su nariz, y su piel se tornó del color de la nieve antigua. Se agachó de pronto y apoyó la cabeza en las rodillas.

Estoy bien, dijo detrás del pañuelo de papel. Su voz sonaba normal, incluso fría. No te preocupes, Joe. Creí que me iba a desmayar, pero se me ha pasado.

Se recompuso y se enderezó. Me dio palmaditas en la mano. No volví a preguntarle por la gasolina.

Me quedé dormido en una banqueta de plástico y alguien me tapó con una manta de hospital. Sudé mientras dormía y, cuando desperté, tenía la mejilla y el brazo pegados al plástico. Me despegué de forma desagradable y me apoyé en un codo.

El doctor Egge se hallaba al otro lado de la sala hablando con Clemence. Enseguida pude ver que las cosas iban mejor, que mi

madre estaba mejor, que fuese lo que fuese de lo que la habían operado estaba mejor y que, a pesar de la gravedad de las cosas, al menos de momento la situación no estaba empeorando. Así que hundí el rostro en el plástico verde y pegajoso, que ahora resultaba agradable, y me volví a dormir.